

## **“Construcción del género. Debates teóricos: sus correlatos clínicos y políticos”**

Lic. Irene Meler<sup>i</sup>

Este trabajo fue presentado en la V Jornada de Actualización del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA). Publicado en [www.depsicoterapias.com](http://www.depsicoterapias.com) en julio de 2011

Cuando elegimos el término “construcción” para referirnos a las modalidades que adopta el sentimiento íntimo de ser mujer o varón a lo largo del desarrollo humano, estamos tomando partido respecto de diversas hipótesis que se debaten en la actualidad acerca de las determinaciones que inciden en la subjetividad. Decimos que el género se construye, por lo tanto, estamos recusando la validez de las hipótesis innatistas, endogenistas, que relacionan de forma no mediada la subjetividad sexuada con la diferencia sexual anatómica.

Una corriente teórica que se ha caracterizado por la importancia que le atribuyó a las determinaciones innatas, instintivas en la estructuración del psiquismo, es el psicoanálisis kleiniano. Recordemos que en el debate inicial acerca de la sexualidad femenina, sostuvo la tesis de la feminidad primaria de la niña sobre la base de postular un conocimiento inconsciente de la vagina. Existiría, desde esa perspectiva una relación connatural entre el cuerpo y el Aparato Psíquico. Silvia Bleichmar en *Clínica psicoanalítica y neogénesis*, destaca la escasa atención que Melanie Klein presta, en sus historiales clínicos, a los avatares de la historia familiar y personal. Parecería que hubiera considerado que a lo sumo, reforzaban o alteraban parcialmente las disposiciones congénitas del niño.

Nos encontramos aquí con algunas paradojas que resulta interesante mencionar. Por un lado, la defensa de la feminidad primaria de la niña, al impugnar el falocentrismo del discurso freudiano, despierta nuestra simpatía como investigadores psicoanalíticos con orientación en género. Por el otro, una característica del enfoque de género ha sido el constructivismo, y esto tiene una connotación política. En efecto, debido al encuentro histórico que se produjo entre los desarrollos de Money y de Stoller y las indagaciones de las teorías feministas, surgió un fuerte intento por demostrar lo que se denominó la construcción social del género sexual. Era importante enfatizar que la

subjetividad sexuada, tal como la conocemos, es una construcción socio - histórica en principio mutable, que se explica sobre la base de las representaciones colectivas que constituyen los aspectos imaginarios y simbólicos de nuestro universo sociocultural. Si no fuera así, las esperanzas políticas de lograr la paridad social entre mujeres y varones, se verían defraudadas, y la dominación masculina ancestral debería reconocerse como una característica estructural de nuestra especie. De modo que nos encontramos ante lo que podríamos denominar “falsos amigos”, ya que si bien por un lado defienden la feminidad primaria, por el otro sustentan su postura en un biologismo pre - freudiano.

Pero la paradoja no termina aquí, por que debemos a una derivación de la escuela inglesa, la llamada “Escuela del medio”, el surgimiento de una de las más fecundas corrientes del psicoanálisis de género, o sea el psicoanálisis intersubjetivo. En Estados Unidos podemos destacar los trabajos de Ethel Spector Person, Nancy Chodorow y Jessica Benjamin, como algunos de los más influyentes en nuestro medio. En estos trabajos está implícito el reconocimiento por la obra de Robert Stoller. Dentro de la literatura hispano parlante, la obra de Emilce Dio Bleichmar puede inscribirse en esta corriente teórica. Si bien su libro sobre la histeria pivota sobre el análisis del narcisismo de género, en su obra sobre la sexualidad femenina se posiciona dentro de la corriente intersubjetiva. Los autores argentinos que se agrupan en el Foro de Psicoanálisis y Género reconocen en grados dispares esta influencia, que en mis propios trabajos es evidente.

De modo que una madre biologista, innatista y endogenista, ha dado a luz descendientes que jerarquizan la importancia del semejante, y más especialmente, de los objetos primarios, en la construcción de la subjetividad. Podemos pensar que esta falta de parecido entre los antecesores y sus hijos se debe al carácter dual de los desarrollos kleinianos, ya que al mismo tiempo que daban importancia a las pulsiones, o más bien a lo que, lisa y llanamente denominaban “instinto”, sobre todo al instinto de muerte, también privilegiaron las relaciones de objeto.

La importancia de las relaciones interpersonales se hipertrofia en aquellas autoras cuyo origen se encuentra en las ciencias sociales, tales como Chodorow, que inicialmente fue socióloga, o Benjamin, que realizó estudios con

los teóricos de la Escuela de Frankfurt. Nancy Chodorow impugna las hipótesis que explican los desenlaces psíquicos a partir de fijaciones a modalidades erógenas zonales y parciales, características de la sexualidad infantil, o sea a las pulsiones parciales. Considera, a partir de la postura de Harry Guntrip, que las excitaciones de las zonas erógenas son en realidad vías de acceso al otro, modos privilegiados de conexión. Su representación acerca del estado inicial del psiquismo no es la de un ser humano narcisista que se conecta con el semejante en procura de la satisfacción de necesidades, o de metas pulsionales parciales, sino que destaca la existencia de una búsqueda de contacto con el otro, una tendencia social constitutiva. En su estudio sobre la reproducción de la maternidad, indaga acerca de la forma en que las capacidades relacionales de las mujeres se transmiten de generación en generación a través de la crianza materna, y el modo en que esas mismas capacidades resultan inhibidas en los varones. Su relato acerca del desarrollo temprano destaca las diferencias por género que aparecen desde el preedipo, en cuanto a modalidades diferenciadas de establecer los límites entre el *self* y el objeto. También describe diferencias por género en la resolución edípica, en un intento por reconocer la diversidad subjetiva y sin embargo superar el androcentrismo freudiano. En estudios posteriores, desarrolla con mayor cuidado su idea acerca de que es discutible el criterio que establece jalones en el desarrollo evolutivo a partir del establecimiento de diferenciaciones, y que toma como modelo ideal el de la adquisición de una individualidad separada. El logro de una adecuada capacidad de relacionamiento le parece un indicador más confiable, y con esto se refiere tanto al vínculo del self con objetos internos o imagos, como al establecimiento de relaciones interpersonales. Me parece destacable su afirmación acerca de que la manera más eficaz de establecer el principio de realidad, deriva del reconocimiento de la subjetividad del otro.

Jessica Benjamin trabaja en esta misma línea teórica. En su obra *Los lazos de amor*, que analiza la dominación erótica, describe de modo vívido la tensión constante que existe entre la tendencia siempre presente a desconocer la subjetividad del semejante, reduciéndolo al estatuto de objeto, y la necesidad de que éste resista a la destructividad y se rescate, preservándose como un sujeto no reductible al sí mismo, un objeto externo cuya existencia confiere sentido a las manifestaciones del self. Su obra se sustenta con fuerza en una

postura winnicottiana, y por lo tanto se refiere a la paradoja del reconocimiento, paradoja que no es posible resolver, sino que debemos respetar y convivir con ella. El título escogido para su segundo libro: *Sujetos iguales, objetos de amor*, se refiere a esta tensión que existe entre el hecho de que el otro es mi objeto, pero eso no significa que sea mi cosa.

Se ha objetado a esta corriente teórica que su relato acerca del desarrollo encubre un ideal normativo, una ética. Es decir, que sería de algún modo una expresión de deseos, que desconocería el carácter demoníaco de las pulsiones, y la existencia de tendencias destructivas indisociables del erotismo. Las autoras responden que su intención es dar cuenta de aspectos que consideran realmente presentes en el desarrollo subjetivo, y cuya existencia ha sido minimizada o desconocida por relatos que en el contexto del individualismo cultural que caracteriza al capitalismo tardío, han ignorado la vertiente subjetiva del lazo social.

Para hacer más evidente la conexión de estos estudios con la perspectiva de género, debemos recordar que ambas autoras destacan que el otro primordial cuya subjetividad se tiende a desconocer es la madre, y que existen poderosas tendencias culturales que han promovido que las mujeres madres renunciaran efectivamente a reivindicar su subjetividad. La reificación del semejante se ejerce con frecuencia sobre las mujeres, que han ocupado en el orden simbólico patriarcal el lugar de objetos para el sujeto hegemónico masculino. El establecimiento de relaciones de dominación implicaría, desde esta perspectiva, un déficit en la superación de la tendencia a desconocer la subjetividad del prójimo, o sea, un establecimiento inadecuado de la intersubjetividad.

Ahora bien, pese a que en nuestro país se ha tendido hacia un alineamiento muchas veces dogmático con diversas corrientes psicoanalíticas, donde las hipótesis teóricas se han convertido en sistemas cerrados de pensamiento y en emblemas narcisistas que desencadenaban una hostilidad improductiva, en la actualidad podemos observar con esperanza que algunos teóricos destacados del psicoanálisis francés, conocen y dialogan en ocasiones, con sus colegas que residen del otro lado del Atlántico.

El psicoanálisis lacaniano significó para muchas feministas una apertura teórica interesante, debida por sobre todo a la importancia que le atribuye al orden

simbólico, oponiéndose así al innatismo. Por ese motivo, vieron en el discurso lacaniano una promesa para hallar relatos que permitieran superar la condena que el discurso freudiano parecía arrojar sobre la condición femenina.

Sin embargo, la teoría de Lacan ha exacerbado el falocentrismo freudiano de un modo acrítico, de modo que lo que parece prometer como apertura por un lado, lo sustrae por el otro. Por otra parte, el supuesto acerca de que el orden simbólico construye la subjetividad, deja muy poco espacio para la autonomía de los sujetos y no permite explicar las transformaciones que se han producido a lo largo de la historia.

Dentro de esta corriente teórica, existen notables diferencias. Para dar algún ejemplo, no puede agruparse en el mismo rubro la producción de Juliet Mitchell con la de Luce Irigaray. La primera autora, una socióloga proveniente de la nueva izquierda inglesa y comprometida con el feminismo, descubrió el psicoanálisis y su riqueza para proporcionar los fundamentos de una teoría de la subjetividad que permitiera la elaboración de un proyecto de cambio en lo que hace a las relaciones sociales entre los géneros. En este sentido, su acercamiento a la teoría freudiana es similar al que realizó Nancy Chodorow, pero la similitud termina aquí. Y la diferencia radica en la corriente psicoanalítica escogida como referencia. Mientras que las autoras anglosajonas antes mencionadas se inscribieron en la escuela del medio, Mitchell adscribió al psicoanálisis lacaniano. Desde mi punto de vista, los resultados han sido dudosos. En su obra inicial, *Psicoanálisis y Feminismo*, dedicó un extenso volumen para demostrar a sus compañeras de lucha, las teóricas feministas, las bondades del discurso psicoanalítico por sobre los trabajos de Wilhelm Reich y Ronald Laing, preferidos por el movimiento, que los utilizaba como referencia por su carácter de crítica radical a las instituciones establecidas. Hasta aquí podemos acompañarla sin dificultad. Pero la discrepancia comienza ante la afirmación que realiza acerca de que el discurso freudiano no constituye una recomendación para la sociedad patriarcal, sino que se limita a ofrecer un análisis de la forma en que se construye la subjetividad y las diferencias entre mujeres y varones, dentro del orden simbólico existente. Ocurre que este orden simbólico es patriarcal, y que, de acuerdo con lo que Mitchell plantea, el patriarcado coincide con la civilización. Por lo tanto, para que advengan modalidades alternativas de configuración

subjetiva, deberá modificarse el orden patriarcal. En esta primera obra Mitchell realiza un curioso ensamblaje entre su consideración acerca de que el feminismo es una teoría que explica el cambio cultural, mientras que el marxismo ofrece un relato adecuado sobre los aspectos socioeconómicos. La esperanza setentista en una revolución, implica el anhelo de derrotar al capitalismo y a la vez, la expectativa de erradicar al patriarcado. Pero mientras el mundo no sea otro, para Mitchell el relato freudiano y el lacaniano son exactos, y no reconoce en ellos ningún sesgo sexista. Solo cuando los lazos familiares dejen de establecerse sobre la base del intercambio de mujeres, considerado innecesario en una sociedad de masas, o sea, solo cuando la familia se transforme de modo radical, cambiará la construcción subjetiva diferencial por género.

Si adoptamos una perspectiva postmoderna y reconocemos la eficacia de los relatos, aunque no lleguemos al extremo de reducir toda realidad a lo que se dice de ella, acordaremos con Gayle Rubin y con su afirmación, realizada en la misma época, acerca de que el relato psicoanalítico se podía transformar en un dispositivo de reproducción de las subjetividades femeninas subordinadas, es decir, que se trataba de una descripción sesgada, que contenía prescripciones implícitas.

En un trabajo posterior, del año 86, la pregunta innovadora que Mitchell plantea, aunque sin proponer ninguna clase de hipótesis explicativa, se refiere a la necesidad de indagar acerca de la persistencia del rechazo hacia la feminidad, o sea, respecto de la asimilación imaginaria existente entre feminidad y castración. Según pienso, estos son los efectos esterilizantes de la captura en un discurso fascinante pero poco productivo para elaborar una teoría tendiente a la equidad.

Sin embargo, encontramos aperturas de gran interés, aunque se sustenten en supuestos epistemológicos discutibles, en la obra de Luce Irigaray. Esta autora se ha formado dentro de la tradición psicoanalítica lacaniana, y así como en su primer obra *Speculum*, propone una revulsiva relectura de la conferencia freudiana sobre la feminidad, en la segunda, analiza de modo crítico el seminario *Encore*, dictado por Lacan. La riqueza de los aportes de Irigaray reside en su iconoclasia, en su decisión transgresora que la conduce a develar el androcentrismo del discurso psicoanalítico y su captura en un régimen de

representaciones que se originó en el Mundo Antiguo, pero que aún no ha sido superado en su totalidad. Su debilidad radica, según mi opinión, en la reivindicación de la diferencia femenina, una concepción que orilla peligrosamente el esencialismo y el biologismo, o sea, que ofrece malas razones para buenas causas. Este es un punto muy debatido, por que algunas lecturas de su obra señalan que su propuesta apunta en realidad, al establecimiento de un orden simbólico alternativo. Si bien esto es cierto, la fuente de esta modalidad alternativa radica finalmente en el cuerpo erógeno femenino, con lo cual salimos del estructuralismo para caer en el biologismo.

Resulta muy sugestivo que en su obra de 1997, *Ser dos*, coincida casi puntualmente con los desarrollos de Chodorow y de Benjamin respecto de la intersubjetividad. La coincidencia se refiere a que Irigaray destaca la importancia de instalar una mentalidad que reconozca la diferencia sexual, diferencia paradigmática de todas las otras formas de alteridad, es decir, en otras palabras, superar el narcisismo fálico. Se sustenta en el discurso de Merleau Ponty entre otros, quien a su vez retoma la dialéctica hegeliana del Amo y el Esclavo que también trabaja Benjamin en su obra *Los lazos de amor*. La diferencia entre la versión de la intersubjetividad que se produce de uno u otro lado del Atlántico reside en el énfasis de la autora europea en la diferencia, que funda de un modo esencialista e irreductible y a la cual ancla en el cuerpo desconociendo su carácter de construcción histórica. Si bien esta divergencia no es menor, resulta estimulante y promisoria la coincidencia en la elaboración de relatos que destaquen los aspectos vinculares, intersubjetivos, y que apunten a superar el individualismo exacerbado, al que podemos considerar un extravío de la individuación.

Entre los autores que asesoran a este Foro, Silvia Tubert es una analista con formación lacaniana, que plantea una crítica al supuesto implícito en la obra de Lacan, acerca de que el orden simbólico patriarcal es el único orden posible, o sea, a la convalidación estructuralista de la inmovilidad de la dominación masculina. Ella opina que debe existir una representación de la diferencia sexual, y prefiere recurrir a esta categoría en lugar de apoyarse en el concepto de género. Pero se trataría de una categoría vacía, cuyos contenidos resultan variables de acuerdo con los avatares de la historia.

Personalmente he postulado que nuestra cultura no ha logrado la fundación de una representación colectiva de la diferencia, puesto que ésta naufraga en la asimetría jerárquica. Si bien el logro de una genuina representación compartida de la feminidad y de la masculinidad, donde el dominio y la sumisión quedaran superados y reconocidos como tributarios de una lógica narcisista, sería un progreso apreciable, tengo hoy día dudas acerca de si esta diferencia mantendría su carácter dicotómico. Chodorow y Dio Bleichmar coinciden (sin saberlo), en aceptar la idea de que en un futuro pudiera haber espacio representativo para más de dos géneros.

He observado con agrado que dos psicoanalistas franceses muy productivos y respetados han comenzado a dialogar con el psicoanálisis de género. Al menos, reconocen a Robert Stoller como interlocutor, ya sea para denostarlo, como hace Laplanche, quien sin embargo ofrece una lectura alternativa del concepto de género, o para aceptar algunos de sus aportes, como es el caso de André Green.

Estos son los ejemplos que resultan estimulantes acerca de la posibilidad de establecer un diálogo fructífero entre diversas corrientes teóricas dentro del Psicoanálisis. Es destacable que aunque se hablen lenguajes diversos, existen puntos de encuentro entre el psicoanálisis intersubjetivo norteamericano y los desarrollos de Laplanche. La prevalencia que este autor le asigna al semejante como agente que implanta la sexualidad y que a posteriori promueve el establecimiento de la represión primaria, coincide con la preocupación de Chodorow por demostrar que el sentido del sí mismo solo se adquiere en relación con el otro.

Green, que intenta como dice “resituarse a la teoría psicoanalítica sobre sus pies” reivindicando el concepto de pulsión y la relación de la subjetividad con el cuerpo erógeno, sin embargo dialoga con Stoller tomando en cuenta la estrecha asociación que este autor encuentra en su última obra *Dolor y Pasión*, entre sexualidad y destructividad, en un nexo que curiosamente se asemeja al planteado por Bataille. Otro interlocutor al que menciona es al antropólogo Maurice Godelier, quien llegó a referirse a la sexualidad como una muñeca de ventrilocuo, o sea como a un objeto construido al que se le hacen decir cosas que emanan de otra parte. Este origen se encuentra en las relaciones de poder. Por mi parte, he propuesto que la sexualidad resulta la materia sensible

más apta para que las relaciones de poder se inscriban en los cuerpos. No sé si el Godelier de Green es el mismo que el que yo he leído, dada la importancia de la subjetividad en cada lectura, pero sin embargo me parece auspicioso el inicio del diálogo. Me parece en cambio discutible la caracterización que hace el autor en *Las cadenas de Eros*, acerca de la "jouissance", el goce, como intrínsecamente asociado con la pulsión de dominio y la reducción del otro al estatuto de objeto. Me parece que esta caracterización es androcéntrica, pero no refiero la calificación de androcentrismo a una supuesta esencia masculina, sino al exceso de acumulación de poder que ha caracterizado al género masculino a lo largo de la historia.

De modo que cuando hablamos de la construcción del género a lo largo de los ciclos vitales, debemos preguntarnos con qué conceptos psicoanalíticos nos manejamos y por supuesto, cuales son nuestras representaciones acerca del género. Esta apertura de interrogantes no debe interpretarse como una apelación al alineamiento en las escuelas de pensamiento preexistentes, sino como una invitación a interesarnos en el debate actual dentro del campo psicoanalítico y las posibles aperturas que estas tendencias ofrecen a los estudios de género.

Si intentamos delimitar algunos requisitos que deberían reunir los desarrollos psicoanalíticos que nos resultaran útiles con respecto de nuestras preocupaciones teóricas, clínicas y políticas, podemos esbozar los siguientes:

- Superación del endogenismo y reconocimiento de la índole social de nuestra especie. El género se construye en relación con el otro, a partir del proyecto identificador que los padres elaboran sobre la información provista por la diferencia sexual anatómica. La asignación de género afecta no solo a la constitución del Yo y del Super Yo, sino a los destinos de las pulsiones. Personalmente no me parecen aceptables las posturas esencialistas. Sin embargo, las diferencias deben reconocerse aunque sus fundamentos sean móviles y construidos a lo largo de la historia colectiva y personal.
- El estructuralismo ahistórico tiene un efecto conservador semejante al biologismo reduccionista. La referencia a una estructura atemporal congela y sacraliza el orden político existente, así como las

subjetividades configuradas en su interior. El orden simbólico es un producto humano y por lo tanto histórico, aunque su variabilidad sea difícil de apreciar y la inercia de su estructura resulte persistente.

- Aceptación de la relevancia del cuerpo erógeno y su eficacia en la construcción de la subjetividad. No debemos arrojar al niño junto con el agua del baño, es decir, será deseable evitar que en nuestro afán por superar el reduccionismo biologista, desestimemos la importancia del cuerpo, que ha sido reconocida entre otros, por un destacado teórico proveniente del campo de las ciencias sociales, como es el caso de Robert Connell. Habrá que elaborar nuevas hipótesis que ofrezcan una articulación significativa entre cuerpo, vínculo y discurso.

Si logramos realizar lecturas con escasos prejuicios, encontraremos sorprendentes coincidencias en los discursos teóricos en apariencia heterogéneos y aún excluyentes, lo que, sin duda hará avanzar el debate dentro del campo psicoanalítico.

Por último, es necesario destacar que esta preocupación por la comprensión de la subjetividad no debe estar dissociada de nuestro compromiso político con el logro de relaciones de género más equitativas. En este sentido, podemos coincidir en que muchos relatos acerca del desarrollo, insinúan la posibilidad de construir una corriente cultural alternativa. Para dar un ejemplo es útil la descripción que realiza Jessica Benjamin acerca de un estadio post - edípico, donde una vez establecida la identidad nuclear de género, se hace posible el juego fluido con las identificaciones cruzadas, juego que supera la rígida polarización entre femenino y masculino que caracteriza a los primeros tiempos del Edipo. Esta es una descripción de algo que no ocurre de modo universal, sino que se trata de la construcción de subjetividades postmodernas.

En fin, se trata de elaborar un marco teórico que de cuenta de las posibilidades creativas e innovadoras de los sujetos, algo que expresa Castoriadis con su concepto de imaginación radical. También es necesario teorizar acerca de las articulaciones existentes entre lo imaginario y el orden simbólico, que consideren a lo imaginario en un sentido alternativo al que postula el lacanismo, o sea como algo diferente del goce, lo ilusorio y la alienación (Giberti; 2000).

Una cultura de alianza entre los géneros, en lugar de la dominación que caracterizó al contrato conyugal hasta la Modernidad, una cultura que supere la compulsión hacia la heterosexualidad y la consiguiente homofobia, podría generar subjetividades más creativas y vínculos de reconocimiento genuino.

De modo que no se trata solamente de cómo se construye el género a lo largo de los ciclos vitales tal como los conocemos, sino de cómo deseamos que se construya en un futuro. Después de la mujer doméstica y el varón trabajador de la Modernidad, más allá de los conflictos identitarios, la pasión por el consumo y el vacío de ideales de la Postmodernidad, lo que vendrá debe ser construido, y para eso, debemos reflexionar en conjunto.

**Bibliografía:**

Benjamin, Jessica: *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

-----: *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

Bleichmar, Silvia: *Clínica psicoanalítica y neogénesis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999.

Chodorow, Nancy: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.

-----: *Feminism and Psychoanalytic Theory*, New Haven and London, Yale University Press, 1989.

Dio Bleichmar, Emilce: *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, ADOTRAF, 1985.

-----: *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

Elliot, Anthony: *Teoría social y psicoanálisis en transición*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

Giberti, Eva: "Nuevas subjetividades para las madres (una valorización de los imaginarios)" en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*, de Meler, Irene y Tajer, Débora, (compiladoras), Lugar editorial, Buenos Aires, 2000.

Green, André: *Las cadenas de eros*, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

Godelier, Maurice: *La construcción de grandes hombres. Poder y dominación entre los papúa de Nueva Guinea*, Madrid, Akal, 1986.

Irigaray, Luce: *Amo a ti*, Buenos Aires, de la Flor, 1994.

-----: *Ser dos*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

Laplanche, Jean: *Castración, simbolizaciones. Problemáticas II*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.

Meler, Irene: "Identidad de género y criterios de salud mental" en *Estudios sobre la subjetividad femenina*, de Mabel Burin y colaboradoras, Buenos Aires, GEL, 1987.

-----: "Construcción de la subjetividad en el contexto de la familia postmoderna", en *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, de Burin, Mabel y Meler, Irene, Buenos Aires, Paidós, 1998.

-----: "El ejercicio de la sexualidad en la Postmodernidad. Fantasmas, prácticas y valores", en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*, de Meler, Irene y Tajer, Débora, compiladoras, Buenos Aires, Lugar editorial, 2000.

Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y Feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*, Barcelona, Anagrama, 1982.

-----: "La cuestión de la femineidad y la teoría psicoanalítica" en *Mujeres por Mujeres*, de Moisés Lemlij, editor, Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis 1994.

Rubin, Gayle: "The traffic in women: Notes on the 'Political Economy' of sex", en *Toward an anthropology of women* de Reiter Rayna (comp.), NY and London, Monthly Review Press.

Stoller, Robert: *Dolor y Pasión*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

Tubert, Silvia: "Introducción" en *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*, de Flax, Jane, Madrid, Cátedra, 1995

---

<sup>i</sup> **Lic. Irene Meler.** Psicóloga psicoanalista.

Fue docente en temas de género en la UBA, la Universidad de Belgrano, la Universidad Bar Ilán, la Universidad del Comahue, la Universidad Nacional de Rosario, la Universidad Nacional de Entre Ríos, la Universidad Nacional de San Martín, y en ámbitos universitarios de México y Costa Rica.

En la actualidad se desempeña como:

- Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA)
- Directora del Programa de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA)
- Coordinadora docente del Diplomado Interdisciplinario de Estudios de Género del Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)
- Miembro honorario del Foro Psicoanalítico Mexicano

Es autora de numerosas publicaciones sobre estudios de género y subjetividad.

Las más recientes son:

- 
- **Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad**, escrito junto con Mabel Burin, Paidós , 1998.
  - **Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro**, compilado junto con Débora Tajer, Lugar Editorial, 2000.
  - **Varones. Género y Subjetividad masculina**, escrito junto con Mabel Burin, Paidós, 2000.
  - “Mujeres y varones frente a la experiencia del dolor” en **El dolor. Enfoque psicosomático**, compilado por el Dr. Rodolfo D’Alvia, Paidós 2002.
  - **Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género**, co-compilado con Mabel Burin y Lucero Jiménez Guzmán, UCES, 2007.